

TREINTA AÑOS NO SON NADA, MIENTRAS POR MI RAZA HABLE EL ESPÍRITU

Santiago Genovés

Investigador Emérito IIA, UNAM

Hasta donde humanamente llega mi memoria, trataré de recordar lo que llevó a la creación del Instituto de Investigaciones Antropológicas en la UNAM, e iré hoy, poco a poco.

Prácticamente todos los días se celebran o recuerdan aniversarios de diversos géneros y tipos. “Por más que trato no veo la manera de sumar individuos”, nos dice, y con toda razón, el gran Antonio Machado.

Desde otra versión, hace unas décadas J.B.S Haldane, uno de los cinco sabios de Inglaterra, fisiólogo y genetista, aunque se decía de él que era el ser humano que más estadística sabía en el planeta (más que Fisher, más que Mukerje, que Rao y que Trevor, y desde luego más que Pearson) me dijo un día en Cambridge (en donde elaboraba una tesis doctoral plagada de estadísticas): “Mira muchacho mexicano; eso de la estadística está muy bien, pero también nos puede decir que si tenemos la mano izquierda en el hielo y la otra derecha en el fuego, en promedio estamos bien”.

Así, yendo de lo particular (Machado) a lo general (Haldane), cada vez que celebramos por doquier, al norte, al sur, al este, al oeste, nuestro cumpleaños a tambor batiente, por tener un año más, hay que tener en mente que lo que tenemos, desde que nacemos, es un año menos de vida. “Se nace, se crece, se reproduce, se muere” (esto más allá de la verdad y de los alcances, hoy en día, de la posible clonación humana).

To be or not to be puede ser traducido al castellano, como “ser o no ser”, “estar o no estar”, “ser o no estar”, “estar o no ser”. Todos lo hemos traducido como “ser o no ser”, ya que lo trascendente es ser, y no sólo estar, aunque la civilización occidental piense y actúe al revés. Si la palabra occidental ya no llega más que a los comerciantes y a los políticos, la palabra a la que se refiere Garfias, sin decirlo expresamente él, a ese canto es al que más me refiero aquí, al

“prehistorizar” la “historia” del IIA. Quien no quiera ir tan lejos –o más bien cerca– que lea a Roman Roland o a Herman Hesse.

Qué cosa de locura
Antes que hoy se vaya
Ha llegado mañana
Y ayer no se va nunca

Nos dice el gran Pedro Garfias, tal vez el hombre que más bellamente se ha ocupado de la palabra:

La palabra se rebela.
Si no la cuidas, se escapa,
Porque tiene su querencia.
Te procura.
De noche te asaetea.
De día levanta el vuelo
Y se aleja.
La palabra busca siempre
Su querencia.
Antes de dormirte todo
Hazte el dormido y espera.
Pero cuando llegue, cuídala.
Acomódala en su tienda,
Que sienta calor y frío.
Que se ajuste, que se avenga.
Que respire, que se quede.
Y verás, si es que se queda,
Cómo suena la palabra,
Cuando suena.

Para este breve intento, entre prehistórico y no, debo usar la palabra lo mejor posible, a *fortiori*. La palabra sí existe, mientras según E. O’Gorman y A. Toynbee nos dicen: “La historia no existe. Lo que existe es la interpretación de la historia”. Me encuentro de acuerdo, y aún más, mucho más, en lo que a la prehistoria se refiere. Así, jugando, jugando (y sin juego no hay vida), utilizo la palabra *prehistoria*.

Antecedentes sobre el Instituto de Investigaciones Históricas

Lo funda la nueva UNAM, en el sur de la ciudad de México, en el año de 1952 y allí se unen también el Instituto de Investigaciones Históricas que, con Filo-

sofía y Letras eran, tal vez, lo más “universitario” de la anterior difusa universidad que antes se ubicaba en la calle de Mascarones, en el centro de la ciudad. El Instituto de Investigaciones Históricas pasó a la UNAM bajo la dirección de García Granados.

Por este instituto de la nueva UNAM pasaron, de manera más o menos aleatoria, los Gaos, Nicol, Caso, Roces, Xirau, Miranda, Bosch-Gimpera, Vivó, Jiménez Moreno, Usigli, Roura, Covarrubias, León-Portilla, Martínez del Río, de la Peña, etcétera. Cada uno y todos, entre la filosofía, la historia, la prehistoria, la antropología y las letras. Cada uno figura de primera en sus respectivos –con frecuencia amplios– campos dedicados a la búsqueda del conocimiento.

Me fui a Inglaterra por aquellos años de 1953 a 1956, y de regreso entré como investigador al Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, cuyo director era entonces don Pablo Martínez del Río. Yo lo conocía bien, pues también había sido director de la ENAH, cuando ésta se ubicaba en Moneda 13. Don Pablo Martínez del Río había estudiado en Oxford y le imprimió un carácter transdisciplinario al instituto.

De 1956 en adelante llegaron a Históricas para sumarse a don Pablo cinco antropólogos connotados: don Pedro Bosch Gimpera, Juan Comas, José Miranda, Paul Kirchhoff y Mauricio Swadesh. Este último y yo ingresamos el mismo día.

Como buena parte de los que estábamos en el IIH éramos antropólogos, se estableció la *Sección de Antropología*, bajo la coordinación de Juan Comas. En esta sección se creó el primer *Doctorado de Antropología* con don Pedro Bosch Gimpera como presidente del mismo, y yo, el más joven, como secretario.

Como estudié tres años en la Facultad de Medicina en Santo Domingo, fui alumno y un poquito ayudante del doctor Efrén del Pozo, quien ocupaba el puesto de Secretario General de la UNAM, cuando había algún problema menor en el doctorado, me enviaban a tratarlo con él, quien había investigado un poco sobre el comportamiento humano en diferentes altitudes, y quien había dado clases en la ENAH. No era extraño, pues, que cuando lo visitaba en la Torre de Rectoría –yo, un recién doctorado en la Universidad de Cambridge– hablase con él de antropología, y sobre todo, de la falta que hacía en la UNAM un centro o un instituto dedicado a la investigación de la antropología. Yo le contaba a don Pablo acerca de estas pláticas, y él me comentaba que él hacía lo mismo, cuando tenía la oportunidad. Sin ir más lejos, yo diría que la fundación del Instituto de Investigaciones Antropológicas en la UNAM en el

año de 1973 se debió, en primera instancia, al doctor Efrén del Pozo y a don Pablo Martínez del Río.

OTROS ANTECEDENTES NECESARIOS

Un día llegué al Instituto de Investigaciones Históricas al que estaba adscrito. Se me dijo de inmediato que el doctor Guillermo Soberón (entonces rector de la UNAM) me había llamado por teléfono dos veces. Fui a la Rectoría y el doctor Soberón me comentó que ya estaba creado el Instituto de Investigaciones Antropológicas. También me dijo que yo no podía ser director del mismo (ni don Pedro, ni Paul Kirchhoff, ni Swadesh, ni Comas, ni Miranda) por no haber nacido en México. Me dijo que había tres candidatos: Yolanda Lastra, Fernando Horcasitas y Jaime Litvak y que quería conocer mi opinión. Como el doctor Soberón y yo nos conocíamos bastante bien y desde varios años atrás, me pareció normal su petición. Le dije al señor Rector que ninguno de los tres me entusiasmaba, pero que me inclinaba por el doctor Jaime Litvak quien había sido mi alumno. Eso fue todo. Unos días después me enteré que la Junta de Gobierno de la UNAM había nombrado director del Instituto de Investigaciones Antropológicas a Jaime Litvak King.

Así es la vida –de ahí mis primeras palabras y el breve poema de Pedro Garfias–, hoy ya fallecidos, todos insignes seres humanos, con los que cambié impresiones: Ada D’Aloja, Aguirre Beltrán, Jiménez Moreno, Covarrubias, Fernández Guardiola, Faulhaber, Costero, Caso, Brown, Piña Chan, Aveleyra, Pericot (cuando venía a México), Sol Tax, *idem* Lasker (*idem*), C.P. Scott (*idem*), González Casanova, Del Pozo, González Guzmán (padre e hijo), etcétera, a quienes estimo. Gracias al actuar de, en su mayor parte mexicanos más los exiliados de la incivil Guerra Española (36-39); más otros exiliados de diferentes partes del planeta, debido a la Segunda Guerra Mundial; más al racismo, al nazismo, al fascismo, al comunismo, se instituyó, realmente, la investigación personal y por quipo en nuestro país. Además, en buena parte, la academia de la investigación científica –hoy Academia Mexicana de Ciencias– surgió bajo el singular y sincero aporte de un cierto número de refugiados. Era natural, un buen número de alumnos y compañeros de privilegio que pasaron por el IIA, ha sido después sus asesores, de una u otra forma, para beneficio de todos.

El único que queda –para nada insigne–, soy yo.

Ahora bien, hasta donde alcanza mi ya un tanto cascada memoria, las figuras a este respecto, que quedan en la memoria de todos, debido a su sabiduría, generosidad, conocimiento, saber humanístico –sin menosprecio del científico–, prudencia y calidad son y serán, por siempre las de don Pablo y don Pedro, como en la ENAH –me atrevo; es libre mi opinión– fueron Caso y Jiménez Moreno, sin menosprecio alguno, como lo dicho al respecto del IIA, para los demás.

El coordinador de la primera y única Sección de Antropología fue Juan Comas. Ya en el seno del local del IIA, en el séptimo piso de la Torre de Humanidades, su director fue don Pedro y, después, León Portilla, al tiempo que lo eran del IIA. En el 73 se creó un nuevo local, posiblemente más adecuado, lo que fue, ya formalmente, el IIA. Su primer director fue el entonces todavía joven Jaime Litvak King, quien duró 11 años. Lourdes Arizpe quien pronto marchó a la UNESCO en París. Así el IIA pasó a manos de L. A. Vargas quien continuó en la misma dirección que Litvak. Después vino Mari Carmen Serra quien pronto pasó a la dirección del nuevo Museo de Antropología. Tomo posesión Linda Manzanilla, hasta que en el 2002 regresó a dirigir el IIA, de nuevo, Mari Carmen Serra.

EN ÚLTIMA INSTANCIA

¿Cuál es mi sincera opinión en relación con el desarrollo del IIA, en buena parte a través de sus directores/as?

Que la primera gestión de Litvak fue excesivamente larga, y la de Luis A. Vargas, demasiado personal y masculina, así, como poco transdisciplinaria, lo que resultó en una cierta baja real del espíritu científico, humanístico y académico del propio IIA. Todo ello, bastante normal, dada su juventud así como la del IIA. La gestión de las mujeres fue distinta, aunque todavía hoy se debate que una mujer asuma la dirección de una institución de relevancia. Esto me hace recordar cuando en 1960 descubrí y publiqué los resultados en la *American Journal of Physical Anthropology*, vol. 18: 205-218, de que el supuesto *Hombre de Tepexpan*, ni era varón, ni era alto, ni era de cierta edad, sino que era mujer, chaparrita y de menos de 28 años. Prácticamente, todo el gremio antropológico se me echó encima por hacer del *Padre de la nación mexicana*, “una madre”.

Debo decir acerca de las gestiones, que la de Mari Carmen Serra fue positiva, igualmente la de Linda Manzanilla, más allá de las excelentes condi-

ciones de esta última para la investigación. Habrá que esperar que Serra termine su periodo, en mi opinión de forma excelente, con experiencia, conocimiento y sabiduría.

En fin, que después de los dos primeros directores, quienes desde luego se encontraron con las normales y difíciles realidades de ser los iniciadores, y también de ser varones –como casi todos los directores de centros de estudio o institutos univesitarios– las tres directoras han asumido cabalmente, el necesario concepto evolutivo de transdisciplinariedad.¹

COMENTARIO FINAL

Hoy en día es necesaria ya una cierta ampliación física del local del IIA, así como la entrada al IIA de algunos jóvenes capaces –que sí los hay– con natural espíritu transdisciplinario y evolutivo en todos los aspectos.

Ello significa la constante retroalimentación entre ciencia y humanismo; entre lo cuantitativo y lo cualitativo; entre el cuerpo y el espíritu; entre el cantar de la cucaracha “que ya no puede caminar” etcétera; y el *Cantar de los cantares*.

Ite Misa est.

¹ La transdisciplinariedad entendida, desde luego en nivel interno y como una de las características esenciales de la academia del IIA, como en otros centros de investigación, sean universitarios, nacionales o extranjeros; esto es, en el sentido de Hofstadter, Godel, Escher, Bach o en el de Nicolesku, la *transdisciplinarite* (Plon, París).